

Capítulo 6 - — Ser salvador de la escuela habría sido más fácil si hubieras trabajado en la cafetería

- Capítulo 6 - — Ser salvador de la escuela habría sido más fácil si hubieras trabajado en la cafetería

Capítulo 6 - — Ser salvador de la escuela habría sido más fácil si hubieras trabajado en la cafetería

La pelea había relajado bastante a Cal. La familiaridad con el territorio tendía a hacer eso, sobre todo cuando era familiar en gran medida. Por lo general, terminaba con un cadáver y un recuerdo nuevo en lugar de una niña llorando. Vaya momento incómodo, casi tanto como cuando se dio cuenta de que debería haber dejado el maletín en la oficina. Se quedó allí como un tonto con él, justo antes de que la chica empezara a gritarle porque no portaba arma alguna. Incluso había estado a punto de dejarlo con el Señor cuando ella lo atacó directamente. Cualquier ilusión que tuviera de que la chica estuviera al tanto de la situación se desvaneció durante la pelea. Había visto suficientes hombres muriendo como para saber qué era la verdadera desesperación. Ella lo miraba como si él fuera el villano. ¡Y él era el buen tipo! La mayor parte del tiempo. Como el 70% de las veces. Pensando en ello, esa cifra probablemente era mucho menor desde la perspectiva del Imperio. De cualquier manera, terminó sintiéndose tan mal que ni siquiera se defendió, dejando que la chica agotara sus energías. Quería estar molesto con alguien, pero no podía decidir con quién. La situación era un poco confusa, dificultándole señalar a alguien y decir que toda la culpa era de esa persona.—"Espero que la pequeña Alicia no te haya causado una impresión demasiado negativa." Claire, su nueva 'madrastra', bebía vino en la silla opuesta a él.—"Puede ser bastante impertinente. Sin embargo, créeme cuando digo que tiene un buen corazón." Era gracioso, ella había intentado ponerlo en su lugar. Estaban solos, sentados en una mesa cubierta con manteles blancos en un amplio comedor. La mesa ya había sido puesta y los sirvientes habían sido despedidos. Él tomó un sorbo de su copa y contuvo un escalofrío. Nunca le había gustado el sabor del vino. Sin embargo, cumplía su función y le daba el momento justo para pensar en sus próximas palabras.—"Su reacción fue comprensible." Cortó un trozo de carne en su plato, preparándose para usarlo como excusa la próxima vez que necesitara pensar. —"Me alegra que lo vea así; no sería bueno que los hermanos discutieran por asuntos tan insignificantes," respondió ella con modestia, cortando su propia comida de una forma que lo hizo sentirse de repente muy consciente de cómo la había cortado él.—"Debo decir que estoy bastante impresionada de que alguien tan joven como tú tenga la oportunidad de elegir una tarea de tanta importancia." Había estado preguntándose eso, si ella conocía su verdadera identidad. Le habían dicho que el Señor conocía toda la información relevante. ¿Qué se consideraba relevante? Eso no lo sabía. Se decía que esas eran exactamente las palabras comunicadas por el Imperio, que había facilitado todo esto. Cal se preguntaba si también estarían manipulando a los halcones de guerra del Imperio. Tenía su plato

lloso enfrentándose a los de su casa; no estaba listo para añadir los de otro país a la lista. En un principio, Cal asumió que el Señor les diría toda la información que tuviera a su pequeña familia. Pero esa suposición ya se había desvanecido. Lo que lo dejaba tanteando sobre el tema. —"Mi opinión no fue consultada." Eso sonaba bien, muy al estilo de los espías. ¿De verdad, no sería acaso un espía simplemente bloquear toda esa información? Ugh, ¿por qué se molestaba en toda esa seguridad operativa? Nunca antes había actuado así. De repente, se volvió muy consciente de la forma de una estrella en su bolsillo. Ah, claro, había contraído un fuerte episodio de responsabilidad. Con suerte, su sistema inmunológico pronto lo vencería. —"Eso es bastante alarmante," dijo ella, cubriéndose brevemente la cara con la palma de la mano, ocultando una expresión ligeramente asustada. —"Pensé que la situación era bastante seria." Mierda. Tenía que tranquilizarla de alguna manera. Sería muy malo que la familia real supiera que la Federación había enviado a alguien sin la experiencia suficiente, aunque en realidad, no estaban equivocados. —"La situación está bajo control." Tenía muy poca idea de qué estaba pasando realmente. —"He tratado casos similares." Una media verdad, sabía que tenía que ver con demonios y que él era uno de los más experimentados en acabar con ellos. En cierto sentido, Cal supuso que eso significaba que enviaban a un experto. Mordió su comida. No estaba mal, pero prefería los comedores militares. La comida allí era de primera, aunque la compañía dejaba mucho que desear. La burocracia sobrada o no, la Federación sabía que un ejército marcha gracias a su estómago. —"Lo veo; eso me reconforta escuchar. Hagamos saber si hay algo en lo que podamos ayudarte para que te sientas cómodo aquí; sé que debe ser extraño estar tan lejos de casa." Era extraño. Muy extraño. Apenas conocía detalles sobre la vida en otros países fuera de la Federación. Esperaba que le dieran una introducción antes de llegar, y aunque la recibió, no pudo evitar pensar que estaba diseñada para alguien que ya tuviera el conocimiento previo. Bebió otro sorbo de vino y lo tragó a regañadientes. Pensaba en su declaración reciente. Sería maleducado pedir otra bebida, ¿verdad? Definitivamente no podía pedir su jugo favorito; dejando de lado que tal vez no existiera en ese país, ¿quién bebía jugo en una misión secreta?—"Le informaré si se me ocurre algo," dijo con tono neutral. Cuanto más hablaba, más se daba cuenta de que sonaba como Albert cuando no estaban en modo broma. No era la peor imitación. —"Perdón por mi falta de educación. Algunas cosas en esta situación son bastante nuevas para usted, ¿verdad?" Ella sonrió ligeramente y dirigió la mirada a sus manos. —"Había usado los utensilios incorrectos, ¿no es así?" había intentado copiar los que ella usaba, pero aún así falló. Todo su esfuerzo previo parecía insignificante tras esa revelación. Ella soltó una pequeña risita y Cal se preguntó si algo se había reflejado en su rostro. —"No te preocupes demasiado; alguien con tu experiencia se esperaría que fuera un poco torpe al principio. Sin embargo, sería de mala educación que nuestra familia no te diera instrucciones," comentó ella mientras se levantaba parcialmente de la silla y extendía la mano sobre la mesa, quitándole el tenedor que usaba y colocándole uno nuevo. Tomó el suyo y le mostró la forma correcta de sostenerlo. —"Normalmente, esa tarea correspondería a los sirvientes. Pero en esta ocasión, ambas partes vemos el valor de limitar tu contacto con ellos." No pudo negar que estaba de acuerdo, aunque le molestaba que ella lo tratara como si fuera un niño para enseñarle. En la Federación, nadie se atrevería a tomarle el tenedor— quizá por miedo a que intentara apuñalar a alguien. La figura de una persona en su mente, casi siempre sonriendo, apareció en su cabeza. Está bien, una sola vez, pero ese tipo tenía lo que se merecía, y evitaba apuntar a algo vital. Dejó los utensilios y se limpió la boca con la servilleta de su regazo. —"Me encantaría aprender contigo. Antes de que nos interrumpieran, tu esposo mencionó algunas reglas básicas." Pensó en Mask y en cómo actuaba para nervar a la gente. —"Propongo una: nunca vuelvas a hacer eso." Ojalá lo haya dicho lo suficientemente claro.

Parecía que no ganaría ningún premio equivalente a un Emmy en este mundo en un futuro cercano, ya que su actuación apenas lograba aminorar el entusiasmo que Claire mostraba por sus estudios. Y utilizaba la palabra "estudios" con total libertad. Existían mil pequeñas reglas, y estaba convencido de que habían sido inventadas solo para darle una razón para quejarse de quien quisiera, siempre y cuando su posición social fuera lo suficientemente elevada, claro está. Ella le había explicado que las reglas en ese tipo de cosas en la Academia serían más flexibles, pero no había definido qué significaba exactamente eso. Algo sobre leer la situación. No era precisamente una de sus habilidades. Por el lado positivo, no tendría que tratar mucho con su 'Padre Señor'. El hombre parecía contento de evitar su camino, y a Cal eso le venía bien. Todavía no estaba seguro de qué pensar acerca de que el Señor usara a su hija, de todas las cosas, para ponerlo a prueba, o si eso era incluso su intención. En el lado no tan brillante, su supuesta madrastra parecía empeñada en que la hija y él se llevaran bien antes de que ambos hicieran el viaje a la Academia al comenzar el nuevo año. Eso no le entusiasmaba mucho, y la sensación era claramente mutua. Lo cual los llevó a ambos a beber té en silencio en la terraza del jardín durante una hora cada día. Al menos los jardines eran agradables; estaban frente a la mansión, y había pasado por alto su belleza en el camino por los nervios. El jardín contaba con una sorprendente variedad de flora, facilitada por la tendencia de Claire al magia de crecimiento. No podía recordar ahora el nombre, pero la casa en la que había nacido se suponía que era conocida por ese tipo de magia mixta. Por lo poco que sabía sobre cómo funcionaba la magia en las líneas de sangre, la madre era el aspecto más importante a la hora de determinar la afinidad de un niño. Lo que era extraño, considerando que alguien con alta afinidad por tierra y agua casara con una familia supuestamente famosa por su afinidad por el fuego. Sabía que incluso la Federación fomentaba uniones entre aquellas personas cuyas afinidades fueran similares o que produjeran mágicas mezclas bien conocidas. Nunca llegarían a forzar una unión, pero Mask le había mostrado un desglose de los emparejamientos en la aplicación de citas interna del colegio, y los resultados demostraban que estaban más que dispuestos a empujar las cosas en cierta dirección. Pensándolo bien, dudaba que se le permitiera ver eso. Mask solía mostrar un desprecio por la confidencialidad. Cal disfrutaba tranquilamente de su bebida mientras admiraba el trabajo de otro mago de crecimiento. Llamarse a sí mismo así era más que un poco engañoso. No solo no poseía ninguna de las afinidades necesarias para considerarse uno auténtico, sino que su habilidad real con la magia era limitada. Sin embargo, todavía había algo en lograr que las cosas crecieran donde él había puesto su atención. La rutina diaria parecía a punto de romperse cuando Alice puso la taza de té con un poco más de fuerza de lo que sería cortés. —¡Malditos dioses!—se detuvo, corrigiendo el término en su cabeza. Ánimas, odiaba cómo sabía eso ahora. Sus labios se fruncieron, esperando que solo hubiera sido una indigestión o algo por el estilo. —Padre ha afirmado mi posición como heredera—. golpeó su dedo en la mesa y lo estudió. —¿Lo entiendes, verdad?—. Ojalá pudiera decirle que estaría fuera de su lado en un año como mucho. En cambio, simplemente asintió, rezando para que eso fuera todo. La percusión cesó y su mirada se agudizó. —Necesito que me lo digas tú—. Él movió su dedo para remover el té. —No me interesa tomar tu lugar—. Ella hizo una mueca ante su actitud, pero se mordió la lengua. —Bien—. Se echó hacia atrás, mirando el jardín con arrogancia. —Es bueno que entiendas tu posición—, dijo con desprecio. ¿Habría olvidado que ella había llorado desconsoladamente ante él hace solo dos semanas? Tal vez debería haberle dado una bofetada. —No entiendo qué ha hecho Madre para estar tan encantada contigo—. Las palabras le costaron, como si le dolieran. —A juzgar por su aceptación, intentaré ser más tolerante con tu presencia—. —¡Qué magnánima eres!— replicó con sarcasmo. Seguiría fingiendo ser el espectro con sus ancestros, pero después de semanas actuando así, la máscara le picaba muchísimo. Además, por lo que ella sabía, él era simplemente un bastardo cualquiera. Era mejor comportarse más cercano

a su yo natural. —Sí, eso—. Ella se detuvo y volvió la vista a él, con una expresión desconfiada. —¿Me estás tomando el pelo?—. Parecía bastante obvio. Él inhaló profundamente. —Nunca me atrevería—. —¡Inútil!—. Ella pateó el suelo y su cabello empezó a chisporrotear. ¿Eso pensaba la gente de él? ¿Listo para encenderse ante la más mínima provocación? —¿Qué? ¿Me pedirás que me quede quieto esta vez?—. Sonrió con picardía. No era la respuesta más madura, pero qué le íbamos a hacer, necesitaba algo de diversión después de semanas aprendiendo las convenciones de regalos para todo tipo de celebraciones. La taza empezó a hervir. Las doncellas en el fondo retrocedieron varios pasos, algunas alejándose del grupo. Él se inclinó, levantando el mentón, invitándola a dar el primer golpe. O al menos intentarlo. Podría quedarse allí todo el día, y ella nunca pasaría de su coraza. Ella se levantó y rodeó la mesita para enfrentarlo directamente. Podía ver su puño apretado a su lado, tambaleándose indeciso. El pequeño estancamiento se prolongó, ninguna de las partes dispuesta a ceder. —¡Niños!—. La madre de la casa se acercó a paso rápido. —¡Ese es mi jardín, no el campo de entrenamiento!—. Alice se sobresaltó y se mantuvo rígida. —Madre. Yo, él—. Claire la interrumpió antes de que pudiera terminar. —Él empezó—. Y añadió: —¿Recuerdo que cuando tenía la mitad de tu edad decía algo muy parecido?—. Tratando de mantener la risa, logró que Alice pareciera estar a punto de ser atrapada con las manos en la masa. —Y tú—. La miró con las manos en las caderas. —¿No te he pedido que te llevaras bien con tu hermana?—. Malditas sean esas veces en que uno se deja llevar. En su defensa, Claire debía estar en su estudio en ese momento. Él echó un vistazo a las doncellas que todavía estaban a su lado; varias prefirieron distraerse y mirar hacia otro lado. No le llevó mucho tiempo en ignorarlas; era lo mismo en la Federación, donde la gente común solía fusionarse con el paisaje. Una costumbre que tendría que dejar, pues cualquier cosa sería demasiado arriesgada. Sin una buena respuesta, tomó un sorbo de té y casi se quema la lengua, pero lo tragó igual, reforzando sus entrañas para protegerse del dolor y el daño. Era un arte delicado; un solo error y enfrentaría una muerte rápida tras romper algo importante. Además, era una técnica que mejoraba muchísimo con la prueba y error. La mayoría terminaba incapacitada o peor por los errores. Con esa distracción y los pensamientos en su vendaje, notó que Claire se había acercado con una expresión extraña y una mano ligeramente extendida. Se detuvo en seco. Así que había notado, pero vaciló. Quizá su charla tuvo algún efecto. Bien. Alice parecía no haber notado lo ocurrido y seguía esperando que recibiera la misma corrección que ella. Claire le sostuvo la mirada un instante antes de hacerle una señal y sentarse a la mesa tras que una de las doncellas entregara una silla adicional. —Hija, por favor, siéntate de nuevo—. Alice obedeció, con expresión de indignación. —Dime, ¿he fallado tanto que mis propios hijos no pueden compartir una taza de té en paz?—. Era evidente que contenía una respuesta, pero le costaba mucho trabajo decirla. No hacía falta ser muy imaginativo para entender qué quería expresar. Cal no comentó la manipulación descarada, todavía con la lengua en proceso de curación. —Esperaba que pudieran resolver las cosas entre ustedes—, dijo con tono firme. —Con el próximo año en la Academia acercándose rápidamente, temo que no podemos seguir demorando. Presentar una casa dividida traería todo tipo de problemas—. No estaba seguro de qué pensaba Alice sobre la expresión de su madre, pero para él era muy clara la implicación. Su desunión entorpecería quizás su trabajo. Francamente, no compartía esa opinión. Evitarse en la Academia solo significaba una persona menos consciente de sus movimientos. —Entonces, ¿nos conocemos un poquito mejor?—. Ella tenía esa misma sonrisa que Cal había aprendido a asociar con problemas. —Oh—. Aplaudió ligeramente, como si hubiera tenido una revelación. —Ya sé, hagamos un pequeño juego. Mencioné miedo antes. ¿Por qué no comparten uno de los suyos?—. No cabía duda, esto no era casualidad. Era una mentira fácil de inventar, así que no le preocupaba mucho. Claire los miraba expectante. Él permaneció en silencio, disfrutando del aroma a lavanda que le llegaba con la brisa. Su lengua ya se había sanado, pero no tenía ganas de ser el primero.

Cerró los ojos y trató de concentrarse también en los otros olores. Como era de esperar, el más fuerte era el hollín. Había otros mezclándose, pero no podía identificarlos. —Fracaso—, dijo Alice con un peso que no esperaba. —Temo no estar a la altura del nombre Ardere—. No fue el único sorprendido. —Ay, cariño—, la voz de Claire se quebró por una rara pérdida de compostura. —Mi pequeño sol. Ven aquí. Sabes que tu padre y yo siempre te amaremos—. Susurró tiernamente, soltándola en un fuerte abrazo. Esto se sentía mal. Él no pertenecía allí. Era un momento personal destinado a una familia. No a él; era una mentira. Una identidad creada para ser desechada en cuanto cumpliera su propósito. Se levantó, sin querer entrometerse más allá de lo necesario, y se retiró en silencio. —Espera—. Aunque no tan en silencio como debería. —¿Huir? Los Ardere no son cobardes. Hice mi parte; ¿no harás tú la tuya?—. Alice le habló con los ojos enrojecidos más que de costumbre. No sabía qué decir; una mentira sería demasiado irrespetuosa para alguien que acababa de abrir su corazón. Miró hacia la madre, esperando que interviniera y le dijera a Alice que se calmara. Sin embargo, su atención permanecía en Alice, con las manos en silencio recorriendo la melena rojiza. ¿De qué temía? No era mucho preguntar. Sabía bien qué temía. No temía la mesa de fría ciencia. No temía el zumbido de las máquinas diseñadas para él. No temía las caras borrosas de los hombres y mujeres que lo rodeaban, con instrumentos en mano. Por paradójico que sonara, nunca los había temido. Lo que le recordaban era lo aterrador: la sensación de impotencia, los gritos en busca de ayuda que no llegaba. No lo soportaba. No podía soportarlo. —Atrapado—, confesó ella, poniendo en ello toda su alma. —Ser atrapado—. Él se fue, de regreso a su habitación, antes de que pudiera presenciar alguna reacción.